

# GENTE VIEJA

ECOS DEL SIGLO PASADO

Número atrasado, 50 céntimos.

Paquete de 25 ejemplares, 2,50 pesetas.

## Información de GENTE VIEJA

En la noche de ayer se presentó en la Casa de Socorro del distrito de Palacio el torero Ramón Pérez (a) "Navito", con una horrosa fractura con desgarro de todos los tejidos y músculos de la pierna izquierda. La lesión fué producida en la estación del Norte, donde al querer tomar el torero uno de los coches de un tren en marcha para torear en Cuéllar, fué arrollado por éste y arrastrado durante algún tiempo. El médico de guardia, Sr. Listrán, encontró de tan inmediata gravedad la herida, que desde luego procedió á la amputación del miembro destrozado. El primero que se presentó en la Casa de Socorro fué el matador de novillos madrileño Tomás Alarcón "Mazzantinito" para ofrecerse al paciente, dejándole 25 pesetas para auxilio de su madre.

Comentarios á esta noticia sería poner albarda sobre albarda; ella sola, sin auxilio alguno, completa cuanto quiera pensarse sobre este punto.

El suelto es conmovedor en absoluto. Esos luchadores jóvenes, llenos á su modo de ideales artísticos, llegando en cualquier momento al sacrificio.....

Si yo supiera con la pluma hacer vibrar mis mismos pensamientos, esta Crónica seguramente parecería lo que hemos dado en llamar una "guiladura".

Mazzantinito llevando al intrépido torerillo su afecto y su dinero, expresando que es para la madre del diestro, es una nota consoladora, es un jirón de sentimiento arrancado á esta vida egoísta. El maleta se pone ante el toro, ante un tren en marcha, y como idea madre de sus ambiciones, está la de sostener á la suya, según de muestra la forma del donativo. El donante quizá no tuviera más que esas veinticinco pesetas; pero con la realeza que da el oficio las regaló al compañero.

\*\*\*

Oí este diálogo cierto día:

—¿Y el chico, señá portera? Total ná, ¿verdad?  
—Ná y mucho, señora Rosario! Ná lo de hoy, porque según el médico, es una mala teta que no le cayó bien. Pero mal, porque dice que hay que sacarlo á fuerza de muchas cosas que una no tiene.....

—Lo que usted había de hacer, es que lo supieran toos esos señorones, toos los vecinos, á ver.....

—Ay, señora Rosario! ¡Los vecinos! Los vecinos de la calle de los Artistas, si. Si seguimos allá, entre unos y otros sí que me acuden..... Hoy por tí, mañana por mí.

—No, chica, no por eso: ¡mira tú que hay allí cada uno, sin agraviar á nadie, bueno de verdá!

—No quiero yo decir nada, que sé que los hay, mejorando lo presente; pero es que en este mundo, cuando uno sabe que no va á necesitar de nadie..... no sé qué *consistencia* hace que no se sienten tan apegao al que sufre. Vamos, señora Rosario, que usted y el Sr. Pepe, cuando otro cochero se queda descolocado, le dan un cacho de pan, claro que por quitarle el hambre, pero también porque les *remueve* mucho ver cómo los cocheros se quedan á lo mejor sin qué llevarse á la boca."

Realmente, vivir la vida en tales ó cuales condiciones educa en una ú otra forma: esto del *medio* no es nuevo, pero es una gran verdad.

Dejaos de sabios para ciencias filosóficas y abstractas.

Atendedlos en las exactas y de aplicación que pueden dogmatizar sobre verdades irrefutables; pero en la que pudiéramos llamar "conocimiento de la vida" no los oigáis, no los leáis, no los busquéis.

Mi portera sabía más que todos y aprendió estas filosofías sólo en el gran libro del dolor humano.

\*\*

Los organilleros, que también son, dentro del ramo, luchadores, aunque sólo sea con guardias municipales, están imposibles. Vivo en la calle de Recoletos—donde tienen ustedes su casa,—y "la del alba será" cuando empiezan á tocarnos el morrongo á los somnolientos y pacíficos vecinos. ¿Siestas? ¡Dios las diera!

"Son las dos de la tarde, Julio, Castilla," y ante mi balcón concurso de organillos escacharrantes. ¿Que vienen dos, que tocan cuatro? ¡Pues firme al manubrio y á ver quién puede más y echa á sus compañeros!

Hablando en serio, Sr. Alcalde, usted no sabe lo que son las luchas de organillos.

"Aquí se baila con elegancia y ¡chis!"—toca uno.

"Qué contento si aquí me lo pongo"—chirria el otro en competencia.

Y no hay ¡chis! que valga. Ellos siguen enmartillando *La Mazorca*, *Enseñanza libre* y el *Bateo*. ¡Hasta que un día les rompamos el bateo, porque esto es un abuso!

¿Quién escribe, sobre todo, música? ¡No me extraña ya que unas partituras se parezcan á otras, pues tan dentro he llevado yo un mes seguido los couplets de *Los Timplaos*, que á poco le disputo á Blasco que eran sacados de mi propio meollo!

Luego, sepan ustedes que lo peor es que mis artistas no se contentan con dar vueltas uniformes y dejar solo al piano que *criminalice* por su cuenta, sino que desde que el sobresaliente de espada, del gremio (a) el Corbata, ha inventado el tocar jugando, con el dorso de la mano, á reverses, atusándose los tufoes en los tiempos para recoger el manubrio con ligereza á la media vuelta ó vuelta y media, ponen nuestros más conspicuos émulos del Corbata de vuelta y media cuanto tocan. ¡Qué calderones interminables, qué adornos y folías precipitadas, neuróticas y descompuestas.....! ¡Hombre, dejen ustedes *tiempo al tiempo*, mi respetable pléyade de innovadores y revolucionarios artísticos!

\*\*

Y si esto no se hiciera largo, algo hablaría de las *ligaduras* del genio y de las corrientes simpáticas entre la gente del Arte.

CAGLIOSTRO.

## Correspondencia.

A vos don Marcos Zapata, que hacéis del Parnaso un solio ejerciendo el monopolio que el estro á quintillas ata con aplauso por escolio; el *exequatur* impetro antes de dar á la estampa mis versos con ese metro. Si hay quien diga ¡vade retro! diremos los dos: ¡ya escampa!

LLANO PÉRSI.

Al Sr. D. Manuel de Llano Pérsi.

Mi querido don Manuel: por el presente papel otórgole, de buen grado, pase en el coto cerrado de que habla *Caramanchel*.

Y desde el alto Pirene hasta el mar de las Antillas y aun más allá, si conviene, mi formal permiso tiene para fabricar quintillas.

ZAPATA.

\*\*

## HOMENAJE AL AMIGO Y ESCRITOR INSIGNE

Ante El Liceo Accitano que vitorea á Alarcón, acudo, sombrero en mano, y pido para este anciano un momento de atención:

Guadix, su pueblo natal, hoy festeja la memoria de aquel que exornó la historia literaria nacional con su nombre y con su gloria.

Arabe y cristiano ardiente, llevaba él bajo la frente un volcán de resplandores entre cóleras y amores con ensueños del Oriente.

Aun gustan grandes y chicos la miel de panales ricos por su esencia y por su forma, leyendo *El final de Norma* y *El sombrero de tres picos*.

Poeta y gran novelista, en Africa fué cronista cuando la guerra, y también se hizo en Italia *turista*, escribiendo mucho y bien.

Y así ganó prez y honores tu hijo eximio, en su ambición.....; ¡bien puedes, Guadix, loores alzar, esparciendo flores, por Pedro Antonio Alarcón!

M. DE LLANO PÉRSI.

## EL SABIO PIQUIRRÍ

(Continuación.)

Y escribo *continuación*, porque lo va á ser este cuento, de una anécdota muy conocida; la siguiente:

Enseñaba su padre á un pollo de gorrion el arte de vivir, y le decía:

—Cuando veas que un muchacho se inclina para tomar una piedra, huye, que es para tirártela.

Y replicó el polluelo:

—Padre, ¿y si el muchacho lleva la piedra en el bolsillo?

—Anda, hijo, y vive por tu cuenta—contestó el gorrion padre—que quien hace esa observación no necesita lecciones de vivir.

Concluyen algunos sus cuentos firmando un chascarrillo ajeno; empiezo el mío con una anécdota que no sé de quién es, pero no me la atribuyo.



## I

He averiguado el nombre de aquel gorrioncillo: se llamaba Piquirrí, y fué uno de los doctores más famosos del claustro madrileño que celebra sus juntas en los tejados de la Universidad Central. Expongan otros el plan de estudios de esos pájaros, que es siempre el mismo, porque se hizo bien desde el principio y no hay necesidad de variarle: sólo diré que el profesor explica é interroga á sus discípulos, y es preguntado por ellos á capricho; hay exámenes de fin de curso, pero empiezan por examinar -los alumnos al maestro: pocos resisten á la prueba. La facultad más apreciada es la de *Experiencia*, por ser la más aplicable á la vida y la que más falta á los jóvenes.

## II

El sabio Piquirrí acabó así su lección, haciendo cátedra del caballete de un tejado:

—Toda precaución es poca con el hombre; comparado con él, es inofensivo el gato, y el milano es un pardillo. A ver, Sr. Plumillas, ¿qué haría usted para precaverse de una pedrea?

—Irme á otro barrio.

—¿Y usted, pájaro Pinto, qué método seguiría para picotear los cañamones de una jaula?

—Vería si estaban cerradas las vidrieras del balcón.

—¿Nada más?

—Y si lo estaban las maderas.

—¿Nada más?

—Y si el sitio era aislado.

—¿Nada más?

—¿No se me ocurre: ¿y á usted, señor maestro?

—Averiguaría antes si había cañamones en la jaula.

## III

—Hay hombres de piedra y de metal, que llaman estatuas los de carne—explicaba otro día el sabio á sus discípulos:—se posa un pájaro en sus manos, y no mueven los dedos; se les pica en la boca y no sacan la lengua, en la nariz y no estornudan; he almorzado muchas veces en la cabeza de un rey que está á caballo. Son los únicos hombres apreciables.

—Yo he visto estatuas de trapo—repuso un gorrioncete muy redicho.

—Sería en una huerta y tendrían un garrote levantado—replicó el profesor;—esos se llaman espantajos:—yo hice su elogio al ingresar en la Academia; ahuyentan á los ignorantes y atraen al gorrion ilustrado, indicándole que donde ellos están siempre hay comida.

—¿De modo que son el anuncio de una fonda?

—Pero no confundir, y antes de entrar hay que mirarles bien los ojos: si el espantajo parpadea, es el hortelano.

## IV

El claustro gorrionesco había sido convidado á un congreso que celebraban los chorlitos, y opinaban los más graduados entre los gorriones que era perder tiempo ir á escuchar majaderías.

—Yo iré con mis discípulos—dijo Piquirrí;— conviene que los chicos aprendan de todo.

—¿Hasta las tonterías?

—Sí; para que se guarden de hacerlas sabiendo que lo son.

Los chorlitos discutían este profundo tema: «¿Por qué echan humo las chimeneas de las casas?» Sostenían los unos que era la respiración natural de los edificios; los otros que el humo era un adorno artificial como las plumas que llevan en la cabeza las señoras, y algunos sabios aseguraron que eran volcanes pequeños y prueba de la existencia del fuego central.

—¿Cuál tenía razón, maestro?—le preguntaron luego sus discípulos.

—Ninguno, los chorlitos no la tienen nunca.

—¿Nunca?

—Una sola vez oí decir al mejor de ellos una cosa sensata, y aquella misma tarde la rectificó sinceramente diciendo que se había equivocado.

## V

—Hoy tenemos, señores, lección práctica—dijo Piquirrí.—Ayer encargué al joven Pardín que in-

vestigase á fin de ofrecernos un ejemplo de la crueldad de los hombres. ¿Ha encontrado algo?

—Algo muy terrible.

—Guíe el pajarillo y sígale la clase.

Se alzó en el aire la bandada, posándose poco después en la cubierta del teatro del Retiro. El espectáculo de la Exposición de Avicultura era imponente para un pájaro.

—Maestro—dijo Pardín.—¿Puede haber nada más odioso que esa cárcel, donde cacarean, maldiciendo al hombre, en sus jaulas tantos inocentes?

—Calle el novato; esas son aves de corral, que, á fuerza de someterse al hombre, han perdido el uso de las alas; si se les abre la prisión, volverán á pedirle su alimento; esclavas por instinto, son indignas de nuestra compasión.

Pardín bajó la cabeza avergonzado, pero después replicó descaradamente.

—Los ejemplos corresponden al maestro; muéstranos en pájaros de nuestra condición otro más horrible.

—Sígueme los alumnos.

Y deteniéndose en los árboles de una plaza, dijo así:

—¿Veis esa casa? Es un cementerio de pájaros; vi entrar esta mañana por docenas los cadáveres; iba entre ellos mi abuelo, iba Zankis, el alto, Bemol, el músico eminente, todos colgados de una caña. Mirad en ese escaparate, mirad en ese plato una pirámide de muertos. Son ellos, la flor del gorrionato mezclado con pardillos, verderones y jilgueros. Son... ¡ay de mí! ¡pájaros fritos!

Resonaron pitíos de horror y se levantó la clase dispersándose azorada por el aire.

## VI

Piquirrí daba paseos solitarios.

—Maestro—le dijo un alumno aventajado.—¿No tiene usted amigos?

—Los amigos duran poco. Yo observo mucho antes de picar los granos sospechosos, por temor á las redes y á las pajas enligadas; cuando tengo dudas, antes de arrostrar el riesgo, hago que algún amigo lo arrostre. El mundo está desierto, hijo de mi alma. ¡Me he quedado sin amigos!

## VII

Llegó el invierno, y amaneció un día la tierra con una cuarta de nieve. Cuando despertaron los pajarillos que no habían presenciado aquel fenómeno, acudieron alegres al sabio Piquirrí, diciéndole:

—¿Qué hermosa está la tierra!

—¿Qué limpia y bien vestida!

—¡Hasta los árboles están de fiesta!

—¿Os gusta?—exclamó el sabio.

—Nos encanta.

—Pues esta gala significa que hoy se quedarán muchos sin comer; la nieve oculta los alimentos; esta es la ocasión de aplicar la ciencia que os hemos enseñado; el que vuelva con el buche vacío será un torpe.

¡Qué día de sorpresas para los novatos! Las chimeneas de las casas lucían gorros de algodón, y las de las fábricas coronas de merengue; ¡qué festones en el remate de las tejas! las estatuas de bronce se habían convertido en figuras de mármol, los gallos de las veletas habían encanecido y las cruces de los campanarios parecían de marfil. Sólo negreaban en lo alto los milanos que aprovechaban cazando aquel día de fortuna. Era una fiesta, pero de hambrientos que reían de gusto y caían de hambre y frío; entre los desdichados no había un gorrion. Cuando por la tarde tocaron á recogerse, todos los antiguos alumnos volvían con el buche medio lleno, como convenía en un día de escasez, pero contentos.

—¿Estará en ayunas el maestro, que no vuelve?—dijo la más chismosa de las pájaros.

—¡Calla! que por allí viene volando.

—Muy despacio llega.

Todos le rodearon, porque positivamente estaba enfermo; su cuerpo, temblón, estaba hinchado.

—Señores, vengo muerto,—dijo con voz doliente.

—¿Herido?

—No; he calculado mal la resistencia de mi estómago por pensar en el día de mañana; pero

muerdo como un profesor, muerdo con honra, muerdo de un atracón en un día de hambre.

Y cayó al suelo; las nubes repitieron la nevada y cubrieron el cuerpo del sabio con una losa blanca.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

## ESPRONCEDA

Todo muere en el mundo: todo pasa para hundirse en las sombras del olvido; el recuerdo de todo lo que ha sido le borra el tiempo, su poder lo arrasa.

El hombre no perdura, ni rebosa el lindero por Dios establecido: la ley fatal, en todo lo nacido se ha de cumplir sin límite ni tasa.

Pero no muere el genio, sus fulgores brillantes como el sol del medio día, nunca se extinguen, que su lumbre queda;

Por eso, con perennes resplandores, mientras haya en el mundo poesía vivirá la memoria de Espronceda.

SANTIAGO IGLESIAS.

## LAS ALELUYAS DE CECILIA

Si el sabio necesita encerrarse en su gabinete para producir algo que merezca ser leído, el mero periodista, con salir á la calle tiene bastante ocasión para escribir artículos que llamen la atención con preferencia á obras de mayor importancia: más seguridad tenemos de que se lea este nuestro artículo, que otros que nos han costado más trabajo.

Pero no más disgusto y sentimiento. Porque apenas salimos hoy á la calle, ciegos y con vista pregonaban: ¡á cinco céntimos las aleluyas de la Cecilia! Es natural; pasaban días y días sin que el interés público de la policía descubriese el paradero de la supuesta criminal, y el interés privado del miserable céntimo se apodera de ese nombre, y lo da fama y le juzga, cuando todavía, antes de la sentencia, tiene derecho á que se le trate de otra manera.

Malo es que se dé indebida publicidad á ciertos delitos, y aun á todos en general, en el libro; peor en el periódico, y más que nada en la hoja suelta y en las aleluyas. Porque no hay más allá después de las aleluyas; que así como se dice de la ópera que es el conjunto de todas las artes bellas, son la caricatura de la poesía y del arte, de un golpe y en una pieza. Ya desde veinte años á esta parte se comenzó á hablar de los hombres públicos en aleluyas; interrumpióse luego esa feísima costumbre que hoy se restablece.

El estudio de las causas célebres en obras como las de Mr. Gayot y otras puede aprovechar al jurisconsulto, menos en novelas como las de Gaboriau y otros libros de esta laya; pero en aleluyas se convierte en escarnio de la justicia y en el más activo propagador del crimen. Dudábamos que en tal papelucho se consignase como cierto el hecho del crimen y la culpabilidad de la supuesta autora; pero hemos visto que se habla del crimen con todos sus pormenores:

*“Y mientras duerme el señor,  
coge la plancha y se va”, etc.*

Si aprendiésemos á dar á cada cosa su propia significación y á reconocer lo que vale, no permitiríamos que se adelantase juicio alguno en tan importantes materias, y mucho menos en un país de cuyas instituciones forma parte el Jurado, para que no se crease una conciencia tal vez errónea y para que la voz del pueblo, sacrilegamente llamada con frecuencia voz de Dios, convicción que el Jurado está llamado á reproducir, no asegurase ya que Cecilia es la autora del crimen y, como ahora se dice, señalase hasta el instrumento homicida y en aleluyas reconstruyese la escena.

Más precavidos debería hacernos el lamentable ejemplo de los hermanos Marina en la calle de la Montera, en Madrid; pero una de las grandes faltas de nuestra edad y de nuestro país es la de memoria; aquí nadie se acuerda más que de lo que le toca al bolsillo.

Si la tierra, como se ha dicho, oculta las faltas de los médicos, también encubre las de la humana justicia.

¿Pero haremos en este artículo ni más ni menos que lo que ha hecho el anónimo autor de las aleluyas? ¿Ialtaremos como él al secreto del sumario? Por lo menos él gana unos cuantos céntimos; ninguno nosotros. Él trabaja por la condenación; nosotros por los fueros de un acusado. Juzgue comparativamente el público de la corrección de ambos procedimientos.

A. BALBIN DE UNQUERA.

## EN UN SEPULCRO EGIPCIO<sup>1</sup>

Entre las grietas del oscuro monte hallé tu abierta boca, y obediente al silencio atractivo de la nada, y en silencio también, de mi existencia mezclo el latido á tu quietud medrosa. ¿Algo quieren decir *quietud, silencio, la nada ó el no ser?* ¿La bienhechora tranquilidad que en mi materia noto al hallarme en el fúnebre recinto de esta obscura mansión, es por contraste? ¿El no ser es? ¿La inexistencia existe? ¿Hay algo que no sea? Do el humano el vacío soñó, piélagos inmensos, con su etéreo oleaje, sin reposo la materia acomete. Todo es vida; la misma muerte es vida. Yo, que ahora en contraste me ofrezco á la apariencia de quietud que me envuelve, soy lo mismo: ella es igual á mí. ¿Quietud? ¿Qué es eso? De la inercia terrestre, y de los mundos clavados en la esfera, ¿queda acaso sino el humano error? Mi cuerpo hoy día no es el mismo de ayer: labor extraña, misteriosa, sutil, callada y lenta, mezcla en él lo que llaman vida y muerte; separadas las dos, ninguna es algo. ¿Quién nunca vió, ni aun advirtió siquiera la evolución normal que se ejecuta diariamente en el ser? Se verifica sin aparente acción, cual si no fuese; en silencio y reposo tan completos como el silencio y la quietud que ahora dentro de este sepulcro me rodean. Si la inacción fingida, la absoluta aparente quietud; si la mudanza del ser, que ignora el ser, el fundamento es de la vida en mí, ¿por qué el reposo de la extraña mansión en que me hallo no ha de ser como en mí causa de vida? Yo vivo y muero en mí; yo á toda hora broto en mí mismo y en mi ser sucumbo, aunque mi estrago y destrucción oculte con la apariencia del vivir constante. No es posible vivir sin el auxilio de morir á la vez. ¿Puede haber muerte sin el auxilio de vivir? ¿La nada!... Nada es lo que no fué; lo que fué un día es algo siempre; quien nació sin ojos, debiéndolos tener, ó el que durante su existencia los pierde, ve aún sin duda la horrible obscuridad, luego ve algo. Sólo no ven los que forjados fueron, no por azar, sino según las leyes en ellos naturales, al sentido ajenos de la vista. No ven nada, las manos nada ven, ni luz ni sombra. Ser nada es *el no ser*; pero ¿en qué parte la nada está? ¿Ni en la razón obscura del hombre que la forja! En el Eterno todo es eterno como Dios. La sombra no nació de la luz: ¿se puede acaso dar lo que no se tiene? ¿Quién dispone de la nada, cuando es la nada sólo mezuina concepción de la torpeza? ¡Recinto sepulcral! Tú contuviste de los seres de ayer lo que se entiende por míseros despojos; la insensata preocupación del hombre quiso eternas sus formas mantener, para que un día con nuevo aliento á su existir tornasen, y retardó con esto el tiempo acaso de esa reproducción. Pero ¿qué importa?

¡Ya volverán á ser! ¿Dónde se han ido, á pesar del cuidado que la ciencia puso por conservarlos inmutables, esos restos del hombre? No se advierte de ellos aquí ni indicio. Más penosa fué quizás la labor; pero fué al cabo. Vencida la virtud de las substancias del indiano producto, poco á poco en las *eternas* momias separóse la orgánica materia, y en el suelo, en el aire, en el mar, giran aislados los átomos del todo. Del ambiente, de las substancias que al humano nutren, absorbidos por éste en algún día, el germen productor serán de nuevo. ¡Atomo inteligente! ¡Tu que fuiste el Yo de alguien ayer, é incierto vagas por la atmósfera hoy, no ha concluido la inteligencia en ti. Mañana... ¿importa que el mañana esté lejos? Un instante es en el infinito de los días aun el tiempo mayor! Mañana, envuelto en el aire vital, á las entrañas acudirás de un ser, Parte fecunda de otra generación, Yo renovado, tu mismo, en fin, en la existencia eterna recobrarás tu puesto indisputable. Así, en el infinito de los siglos, esta vida fugaz es sólo un paso de la vida infinita. ¿Quizás basta para la perfección esta existencia de un momento no más? ¿Qué es una hora de adoración á Dios? ¡Hijos del cielo! ¡Alza! la frente que inclináis humildes con espanto pueril! La muerte es sólo el sueño diario que el vigor restaura de esta vida de hoy; sólo un estado de la vida en lo eterno de la vida. ¿Mortales? ¡Ilusión! ¡Fuera ese nombre! ¡La Eternidad, eternidad produce! ¿Eterno es el Creador? ¡Todo es eterno!

LUIS CALVO REVILLA.

## DICHOS VULGARES

### I

Contra lo que generalmente se cree, no hay dicho vulgar, adagio ó proverbio que no tenga un origen curioso, por lo común desconocido, ya arrancando de un hecho tradicional, ya de una invención propia de la fantasía popular y siempre de una aplicación lógica y constante.

Sabido es el abolengo de una de estas frases célebres y vulgares: la que se deriva de aquel famoso médico de Valladolid que se consagraba á hacer experimentos científicos en los ajusticiados, y á quien uno que logró salvar, al intentar el doctor realizar la experiencia en su propia persona, le robó el dinero y lo *dejó colgado*.

De otro dicho vulgar y frecuente queremos hacer hoy la historia: todos hemos oído más de una vez que "fulano sería capaz de sacarse un ojo con tal de que se quedase ciego su enemigo." Vamos á ver qué origen tiene esta frase del tuerto voluntario.

### II

En un día desapacible de invierno, en que con tanta intensidad se siente la nostalgia de la primavera, lo oímos contar á un excelente narrador, al calor del hogar y al animador chisporroteo de la lumbre.

Caminaba la Fortuna por una senda de flores. Acababa de amanecer, y las purísimas gotas de rocío, heridas por los rayos oblicuos del sol y teñidas por los arreholes de la mañana, semejaban un inmenso bordado de brilladoras perlas en un manto extendido de Oriente á Occidente.

A uno y otro lado del camino, altos árboles inclinaban sus ramas espesas á impulsos de la brisa matinal, como haciendo acompasados saludos á la Fortuna: parecía que la misma Naturaleza la adulaba inclinándose ante la dispensadora del éxito, del poder, de la riqueza y de la gloria.

En una encrucijada acechaban su paso dos mujeres de siniestra catadura aunque de exterior diverso.

La una, de ajadas mejillas, pálida y demacrada; de ojos turbados, indagadores y penetrantes; de palidez intensa, de traje abigarrado, anunciaba una

existencia inquieta y gastada. Su frente surcaban innumerables arrugas y cada una denunciaba una pena, y cada pena una tristeza del bien ajeno: era la Envidia.

La otra, de ojillos pequeños y vivos, de raído traje, nariz de pronunciada curva, boca hundida y barba saliente, miraba con afán los rayos del sol que fingían entre las hojas de los árboles hilos de oro, mojaba la punta de sus dedos en las gotas de rocío, que intentaba coger tomándolas por perlas, y presentaba los signos exteriores de una fiebre continua y de una sed nunca saciada: era la Avaricia.

Parecía que una á otra se acechaban en vez de acechar á la Fortuna: mirábanse rencorosas, y claramente daban á entender que se estorbaban, y maldecían entre dientes de su fatal encuentro.

En esto adelantábase la Fortuna: su arrogante figura contrastaba con el aspecto de las que la aguardaban: no iba vendada, que no ha menester venda quien ha resuelto no ejecutar cosa alguna que no sea un disparate. Su traje era riquísimo, lujoso el carro que la conducía, atestado de bienes y de oro. Al ver á la Envidia y á la Avaricia, quedóse suspensa, tomándolas por dos pobres que iban á implorarle; luego sonrió al conocerlas.

### III

La primera que habló fué la Avaricia; no pudo contenerse: la Envidia, con aspecto reservado, escuchó en silencio.

— ¡Dame algún oro! — gritó la Avaricia con voz destemplada.

La Fortuna contempló á entrambas pensativa, y después exclamó risueña:

— Hoy es día hermoso y primaveral: todo renace, incluso el buen humor de mi juventud eterna, que empezaba á cansarme; siento amor, languidez y cansancio.

¡Dichoso aquel que hoy me encuentre en su camino! ¡Pero vosotras sois dos, y no sé cómo arreglarme para hacer una distribución equitativa! Por otra parte, os he conocido. No os niego mis bienes, pero daré un doble á la segunda, de cuanto me pida la primera que hable.

Siguió un largo silencio.

— ¡Pide tú primero! — gritaba la Avaricia á la Envidia. Esta sonreía y callaba.

— No puedo detenerme — dijo la Fortuna —, porque son muchos los que me esperan.

Y esto diciendo, prosiguió su camino.

Detrás, mirándola con afán, y contemplándose recelosas, siguieron la Envidia y la Avaricia. Ni una ni otra osaban romper el silencio: herían sus pies los guijarros del camino; sus pechos, fatigados y jadeantes, expelían y aspiraban difícilmente el aliento.... Imposible seguir la rápida marcha de la Fortuna.

### IV

A un tiempo la Avaricia y la Envidia, rendidas y sudorosas, rogaron á la Fortuna que se detuviese un instante.

Esta se detuvo, pero encareciendo á una y otra que hablasen pronto: siguióse otro largo silencio.

— Si hablo primero — decía la Avaricia —, sólo obtendré la mitad de los dones que esa miserable.

— Esa criatura vil — murmuraba la Envidia —, no acaba de hablar, y yo no he de resignarme á la mitad de los dones que le conceda la Fortuna.

— Puesto que no habláis, prosigo mi camino — exclamó la última, disponiéndose á emprenderlo de nuevo.

Pero en los ojos de la Envidia brilló una mirada siniestra y contrajo sus labios áridos una sonrisa de triunfo.

— Hablaré primero — gritó descompuesta á la Fortuna; — pero — añadió — has de dar á ésta el doble de lo que yo te pida.

— Seguramente — repuso la Fortuna.

— Pues bien, dijo la Envidia con acento triunfante: — ¡sácame un ojo!

### V

No añadió el que narraba si la Fortuna cumplió el terrible deseo de la Envidia, aunque es de suponer que se realizase.

<sup>1</sup> Composición inspirada en mi libro *La Vida Eterna*, recientemente publicado.

La Envidia, desde entonces, nunca sigue camino recto y marcha describiendo, sin darse cuenta de ello, irregulares curvas; ni, desde entonces, ve por completo cosa alguna cuyas perfecciones ó bellezas perciba bien.

La Avaricia anda á tientas, y como no cesa su fiebre tenaz, busca á la Fortuna, y de ella el oro que la seduce, sin notar que salva precipicios y bordea abismos que la tragarán algún día.

CARLOS PEÑARANDA.

## Concurso de GENTE VIEJA

Lema:  
Una lata como otra cualquiera.

¿Qué es el modernismo y qué significa como escuela dentro del arte en general y de la literatura en particular?

Que hay un abismo entre el arte antiguo y el moderno, ¿quién lo duda? El mismo abismo que hay entre la literatura antigua y la moderna en cuanto al idioma se refiere.

¿Qué es el modernismo y qué significa como escuela dentro del arte en general? El arte moderno se diferencia del antiguo únicamente en su manera de manifestarse, no en su manera de ser. El arte siempre será arte: un conjunto de reglas encaminadas á hacer resaltar la cualidad de lo bello, cualidad que cada cual interpreta á su modo; y como que es antojadizo, antojadizo tiene que ser también en el arte el asunto. El arte es siempre bello, como bella es la flor, aun la más modesta, pero dentro del arte preferiremos un asunto á otro asunto, como entre las flores elegiremos la que más nos guste. Antiguamente, en el arte, se destacaba angelical sencillez; en todas las obras artísticas antiguas se sentía el perfume de la violeta; el pintor, el músico, el escultor, iba derecho al asunto, sin dar el menor rodeo, desarrollando el asunto de una manera concreta, sin separarse un ápice del tema. Así surgía una *Sonámbula* y una *Norma*; una *Lucrezia* y una *Luccia*; una Virgen de Murillo, *La vida es sueño* de Calderón, la eterna poesía. En todas estas producciones de arte se ve el alma del artista en la ópera, en el cuadro, en el drama. No había artificio, el arte lucía por sí solo, sin ajeno auxilio, como luce el resplandeciente *Fébo* en la inmensidad del espacio, deslumbrando con sus rayos de oro. Así en el teatro antiguo deslumbra *Norma* con su sencillo traje de vestal, sin auxilio de alardes pictóricos en el decorado escenográfico, como resplandeció la virtud y la castidad de Santa Cecilia entre las impudicias de la antigua Roma. La *Sonámbula* de Bellini en el teatro, con su hermosa sencillez, me hace el mismo efecto que la amapola en un campo de trigo. Nuestra alma se extasía muchas veces contemplando un bonito paisaje, disfrutando mejor en el campo que no en simétrico jardín. Cuando el asunto es bueno, cuando hay arte y éste todo lo llena, ridículo sería recargarlo de adornos. Para el *Despertar del Niño Jesús* de Murillo no hace falta un marco de relumbrón, como en el cutis de mujer angelical no hace falta el colorete. El arte de amar antiguamente era más ingenuo y más sencillo que ahora; anidaba más entre las flores que entre las joyas, más cerca del murmullo de la fuente que del estuco de la perfumería. El modernismo en el arte consiste, por lo tanto, más en el artificio que en el arte en sí; consiste en recargar de adornos lo que ya de sí es bello, en complicar afeándola la hermosa sencillez, en multiplicar los pétalos de la rosa, en convertir en platos las bellas crisantemas del Japón, en pintar de verde los claveles, en estucar y convertir en muñecas á nuestras mujeres, en pintar cuadros llenos de manchones, en hacer cantar á los pájaros.... metálicos. Este es el modernismo en el arte. ¿Qué significa como escuela? A la verdad, no lo sé; mejor dicho, no me atrevo á decir si es un adelanto ó un retroceso. Me gusta lo mismo una violeta que una rosa de cien hojas, y entre los cantos de una Ofelia, de una Elza, de una Margarita ó de una Valentina, lo confieso, me vería perplejo en la elección; el arte seduce, el canto arrebató y la mujer siem-

pre es bella, ya haciendo competencia á los pájaros de la selva, ya siendo casta, ya derramando lágrimas como perlas, ó ya abjurando de su religión sin renegar de su Dios entregándose frenética en brazos de su amor. Creo haber demostrado ó intentado demostrar el abismo que media entre el arte antiguo y el moderno. ¿Cuál es el mejor? Los dos son mejores.

¿Qué es el modernismo y qué significa como escuela dentro de la literatura en particular? Yo, entre la literatura antigua y la moderna, no veo el abismo que hay entre el arte antiguo y el moderno. No veo tan bien deslindados los campos. La literatura se puede comparar á un inmenso jardín, ó si se quiere á un mercado de flores, y así como hay compradores que tienen predilección por las dalias, y otros por las azucenas, y otros por los claveles, etc., etc., así también hay lectores que tienen predilección por Zola, ó por Echegaray, ó por Tolstoi, ó por la Pardo Bazán. Yo, francamente, veo grandes diferencias entre el castellano que empleamos hoy y el que usaban los literatos antiguos, pero no veo grandes diferencias de escuelas entre Paul de Koch y Quevedo, pongo por caso, ni escribiré Zola con mayor claridad que nuestro insigne Cervantes en su inmortal *Quijote*. Así es que creo que no hay escuela de literatos antiguos, ni escuela de literatos modernos, y que siempre podremos comprar el libro que más satisfaga nuestros deseos literarios.

FRANCISCO VIDAL Y CARETA.

## SONETO

¡Feliz ella! Las sombras terrenales  
la antorcha de su fe nunca eclipsaron:  
lágrimas de dolor nunca empañaron  
la luz de sus pupilas celestiales:

De la pasión los rudos vendavales  
su alma inocente y pura no agitaron:  
nunca el mundo sus ojos contemplaron,  
fijos en las regiones inmortales.

En alas de su cándida inocencia  
al seno del Señor voló, dejando  
en nuestras almas llanto y desconsuelo....

¡Ah! quizás lo ordenó la Providencia  
para que, alivio á tal dolor buscando,  
también alcemos la mirada al cielo.

MARIANO CAPDEPÓN.

## Información especial de GENTE VIEJA

(CUESTIÓN SOCIAL)

VII

### Influencia de las doctrinas internacionalistas en las huelgas.

Una vez manifestadas las huelgas y generalizada la costumbre de asociarse los operarios para imponer á sus patronos un aumento de jornal, ó arrancarles en momentos críticos alguna otra concesión que aumentara su bienestar y su importancia, surgió la idea en 1864 de que semejante transitoria asociación y aquel estado intermitente de hostilidad y de guerra se convirtiesen en permanentes. Es decir—y nótese bien de paso toda la importancia del progreso—, que el obrero no estaba ya en el caso de seguir perjudicando á su patrón con las armas ruines de su mala voluntad, acechando detrás de la doblez y el odio una ocasión propicia para despojarle (trabajo sentimental ruinoso), sino que había llegado el momento de sacar las armas á la luz y de combatir en pleno día como de potencia á potencia.

A fomentar este proyecto debieron contribuir en muchísimo el interés y las pequeñas pasiones de los

que se propusieron realizar aquella organización y dirigir el movimiento, porque en los principios de toda convulsión social entran por mucho las ambiciones y los medros de los más esados, activos ó bulliciosos.

Facilitaron también la realización del pensamiento y la subsiguiente organización de todos los proletarios en una grande y permanente sociedad de resistencia (según indicamos más arriba al enumerar las causas históricas) esos mismos adelantos de nuestro siglo, que daban pábulo á la industria, que nacieron de ésta al mismo tiempo que las huelgas, y que, abaratando los transportes, difundiendo las ideas y estrechando las distancias, hacían posible ya lo que en otro siglo hubiera parecido un sueño. La Internacional, pues, pudo existir, y existió. Llamóse á la asociación en ciernes *La Internacional*, para significar que los obreros de todos los países estaban igualmente interesados en el éxito de la contienda, con el propósito de atraer al seno de la nueva liga el mayor número de adeptos. Como todo organismo, tuvo que proponerse un objeto, procurarse medios para alcanzarle, trazarse reglas de conducta, someterse á una ley, profesar una doctrina. El objeto fué el mismo que el de las huelgas, aunque tomó más extensión: el de conquistar para los que se creían y se llamaban desheredados aquellos goces, aquella participación en la riqueza creada que imaginaron les pertenecía. Adoptaron como medio de acción el contribuir cada uno de los asociados con una cuota mensual. Su regla de conducta fué hostilizar á los burgueses, creando los recursos suficientes á sostener los operarios de tal ó cual industria, contra los fabricantes en esta ó en la otra localidad, cuando aquéllos se negaran á trabajar en momentos oportunos. Y por fin, se procuró animar y estimular á los miembros de la asociación con un sentimiento común, explicándoles su posición, sus agravios y lo que debían mirar como su derecho, todo lo cual venía á constituir *la doctrina*.

Es decir, que en aquel trabajo de resistencia de las clases proletarias contra el capital aparecieron, como no podían menos de aparecer, los tres elementos de todo trabajo humano: los sentimientos que estimulaban á obrar, la inteligencia que dictaba la táctica en la lucha, y los esfuerzos ó recursos materiales con los cuales el triunfo había de conseguirse.

Examinemos ahora si cada uno de estos elementos estaban de acuerdo con la justicia y la razón, y si, por lo tanto, se encaminaban al bien.

En cuanto á los sentimientos que animan á la nueva asociación, salta á los ojos que sobre la aspiración justa y legítima en todo hombre de mejorar de estado, descuella el odio hacia todo el que posee, la envidia del bienestar alcanzado por el prójimo, y una sed insaciable de fácil riqueza, de esa riqueza no adquirida por el trabajo propio. Tan aviesas pasiones sólo pueden agravar el mal, porque no hay nada tan contrario á la ley de paz, de simpatía y de amor que por tantos y tan variados caminos nos impone la naturaleza, como la violencia y la discordia; nada tan fecundo en males como despojar á nuestros semejantes de lo suyo, nada que conduzca menos á la realización de la justicia, como ignorar que el bien de todos es el bien de cada uno.

Los esfuerzos sentimentales de la Internacional tienden evidentemente á corromper el sentimiento moral de las clases trabajadoras; y si con un triunfo efímero pudiera llegar á hacerlas dueños de lo ajeno, es bien seguro que desaparecería á la par todo respeto mutuo entre los mismos vencedores, y que la transgresión de la ley moral produciría entre ellos mismos un verdadero caos de desdichas.

La influencia de la Internacional en esta parte sobre las huelgas y los operarios, es, y no puede menos de ser, profundamente corruptora.

Todavía es más desastrosa y deletérea sobre el elemento intelectual que dirige sus trabajos. Hay en su doctrina una ignorancia lamentable acerca de la naturaleza del capital, acerca de su necesidad absoluta—si ha de existir la civilización—y acerca de los beneficios que derrama hasta sobre el más pobre y desvalido; hay una total ignorancia de la naturaleza del trabajo humano, de las infinitas y variadas clases de trabajadores, de la justicia de su desigualdad ante la ley económica; por más que sean iguales ante la ley política y moral

hay ignorancia supina de la función trascendental que desempeñan los instrumentos del trabajo; y hay, en fin, tantos errores económicos, que el mejor medio para imposibilitar eternamente la cultura, el bienestar y la dignificación del operario—fines á que debemos suponer que aspira la Internacional con su programa —, sería pura y simplemente cumplirle.

Digamos algo sobre cada uno de estos errores, para que no se tomen nuestras palabras como afirmaciones gratuitas. Por desgracia ¡es tan lento y tan difícil el triunfo de la verdad sobre la pasión humana!

La Internacional hace la guerra al capital, sin considerar que en las sociedades modernas todo el mundo es capitalista, sin comprender que el más ó el menos no cambia la esencia del capital; que siendo todo relativo en este mundo, una vez destruidas las fábricas, destruidos los palacios y la riqueza, el que poseyera una choza con un hacha ó un azadón, con un martillo ó una sierra, sería el capitalista, el monopolizador, el tirano de quien nada poseyera sino sus uñas y sus dientes; no reflexiona que el hombre sin capital es un bípedo que se confunde con los demás animales, inferior á la hormiga, que atesora; á la abeja, que produce; al castor, que construye; ignora ó aparenta ignorar que el capital, esa acumulación de provisiones y de recursos indispensables para vivir en determinadas épocas, es tan necesario á la vida social como lo es el aire atmosférico á la vida individual y física; y en suma, cierra los ojos á la luz para no ver que el capital es hoy como el sol, cuyos rayos llegan á todos necesariamente por radiación, por reflexión ó por difusión. Al atacar la propiedad individual, aspiran los internacionalistas á matar todos los estímulos creadores del primer elemento para la vida social, la riqueza acumulada; y para no caer en el absurdo, resucita teorías desacreditadas por la razón y la experiencia, ensayos condenados por la historia, utopías para cuya realización había que modificar las leyes eternas de este mundo, haciendo al hombre diferente de lo que es, conforme al híbrido antojo de unos cuantos visionarios. Todos sabemos que el aumento del capital y de la riqueza de un país va poniendo al alcance del último de los ciudadanos goces y satisfacciones en otros tiempos desconocidos hasta para las clases acomodadas; la Internacional quiere destruir el afán de la riqueza en el individuo, cegar la fuente del capital, privar á todos de sus beneficios para conseguir la única igualdad posible por semejante camino: la igualdad en la miseria, y la impotencia.

Respecto á la noción del trabajo, los apóstoles de la Internacional anteponen el físico y corporal al más preciado y noble del espíritu. Para ellos sólo trabaja quien ejercita sus músculos y cava ó sierra, ó lima ó bruñe: el que piensa, no trabaja; el que siente, huelga. Verdad es que su error nace de otro general; verdad es que hasta cierto punto es disculpable cuando los filósofos y los economistas se resisten á analizar el trabajo humano y á definirle de una manera científica; pero es lo cierto que ostentan una total ignorancia de la naturaleza del trabajo humano y que urge sobremanera demostrarles que este trabajo no es, ni el de la máquina, ni el del bruto—por más que la pobreza de las lenguas confundan en un mismo apelativo fenómenos tan diferentes—; que entran en él tres elementos indispensables: uno material—los movimientos musculares de nuestro cuerpo —; dos espirituales—los movimientos de la inteligencia y del sentimiento —; que no hay trabajo humano en que no entrea á componerle estos tres elementos, aunque en distintas proporciones, y que por eso, obrero es el ingeniero, y el industrial y el profesor—cuyo trabajo se compone de una proporción grande de inteligencia y sentimiento, y otra menor de fatiga corporal —; obrero el artista, el poeta y el moralista—cuyo trabajo consta de mucho sentimiento, inteligencia bastante y algunos esfuerzos físicos —; obrero todo el que produce bienes materiales — que no se pesan ni se miden, pero que valen más que el oro, porque no sólo de pan vive el hombre— y obreros de superior categoría, merecedores de nuestro respeto y gratitud tanto como el que lucha á brazo partido con la materia y sus fuerzas, y en cuyo trabajo, compuesto también de movimientos sentimentales é intelectuales y físicos, predominan estos últimos en una proporción

muy fuerte. El día en que esta definición científica se generalice, sacando de ella sus lógicas consecuencias, el día en que todos se persuadan de que el progreso y la cultura y la civilización no son sino la evolución del trabajo físico en espiritual, aquel día dejará de disputarse sobre quiénes son obreros y quiénes zánganos, sobre el mejor derecho de los unos ó de los otros, de discutir esas desigualdades ante la ley económica que han existido, existen y existirán en todo tiempo, como consecuencia legítima de esa desigualdad en las aptitudes, de esa diferencia de composición en los trabajos, que constituye la diversidad en la unidad, á la vez que es el medio providencial para reunir á grandes y chicos y medianos en un sentimiento común, ligándoles con los lazos entretejidos del interés y del amor.

Ignorancia supina es la que ostentan los internacionalistas cuando suponen que los instrumentos del trabajo, las máquinas, deben pertenecer á quienes las manejan. Frutos de la inteligencia, y á veces de costosos sacrificios, la justicia y la conveniencia dicen de consuno que deben pertenecer en absoluto al inventor hasta remunerarle ampliamente de sus gastos y fatigas. Remunerado así aquel ó aquellos á quienes la sociedad reconozca como tales inventores—sin gravamen para nadie y con una pequeñísima parte de las economías que su invento puede proporcionar á los demás hombres—, la invención, la idea, lo esencial, cae en el dominio público, se transforma en utilidad gratuita heredada, y á todos, sin excepción, pertenece, como el aire ó el calor del sol, ó cualquiera otra de esas utilidades gratuitas que van aumentando el capital y la riqueza gratuita de la humanidad. Empero la materia, la máquina, el hierro, madera ó piedra de que consta—con su hechura—pertenece al que la hizo ó la pagó con trabajo acumulado; y tan absurdo sería disputársela, como inmoral el desposeerle de ella, como brutal y demente el destruirla.

Las máquinas, además, no siguen redimiendo del trabajo físico y facilitan nuestra transfiguración, á la manera que los animales domésticos—que son máquinas animadas—redimieron en los principios al salvaje, le transfiguraron en el hombre social, é hicieron posible el trabajo del espíritu creando un asomo de cultura y perfeccionando la sociedad más tarde. Consideradas así, son las máquinas los instrumentos fatales de esa serie de redenciones de que ya gozan ciertas clases, y el problema está en aumentar su número, en generalizar su uso de tal modo, que todo hombre—si posible fuere—las encargara de los esfuerzos materiales, para reservarse únicamente los de un orden superior. Exigen para su manejo y para dar los frutos de redención que entrañan, un saber creciente de día en día, un sentimiento más generoso y depurado, y pretender que estos instrumentos de salvación pertenezcan y se entreguen á los trabajadores de la última categoría es atentar contra la ciencia—esa riqueza inmaterial sin precio—, á la par que se premedita un despojo incalificable contra el dueño de la cosa.

La imparcialidad nos obliga á confesar que los medios materiales de acción de la Internacional no son ya tan desacertados ni tan dignos de una severa censura, en tanto que se limiten á cotizarse los asociados para poder declararse en huelga, ó en tanto que no se aparten del terreno de la discusión y de la ley. Aún añadiremos más: aquellos medios son los únicos pacíficos á que podía apelarse, vista la resistencia de los ricos á dar oídos á las quejas de los proletarios, y la sinrazón con que se resistían á abrir brecha en el pingüe monopolio de ciertas utilidades gratuitas, patrimonio ya de la humanidad entera.

MELITÓN MARTÍN.

## LO VIEJO EN LO NUEVO

En otro artículo publicado en las columnas de GENTE VIEJA creo que hablé del *anacronismo*, esto es, de *lo nuevo en lo viejo*, que viene á ser en la literatura lo que el *chico en grande* en el ramo de sorbetes, cosa imprescindible y que ineludiblemente le salta á uno á la imaginación, que no siempre á la vista, ni

suele salirle al paso más que cuando saca el dinero del bolsillo.

Yo creo oír á alguno de mis lectores que, alzando la cabeza, en vez de refrigerarse al recorrer el parrafillo inicial de este artículo, encarándose en espíritu conmigo, y con tono doctoral y severo, exclama: «¡Oiga! ¿es que aún no nos hemos curado del *anacronismo*?» A lo que yo no puedo menos de contestar, aunque *sotto voce* y en calladas letras:—Pero, señor mío, ¿será preciso que tenga que llamarle á usted al orden.... de la cosa pública la atención rebelde, para que se fije y convenza de una vez de que vivimos en pleno reinado de lo anacrónico?—No diga usted más, le he comprendido á medio movimiento de boca, y no tenga cuidado de que vaya á meterme en honduras é incivildades que suelen poner en relación con los *civiles*; pero mi honradez me impone el deber, como ciudadano literario, de decirle que seguimos lo mismo.—¡Cómo! pues ¿no decía usted?...—Sí, señor, decía que los pintores se han enmendado algo, que ya no pintan á los reyes magos cen espadín y ropilla á lo Felipe II, aunque hay pintores modernos que tratan los asuntos bíblicos á lo griego ó á la romana.... pero—vaya un toque de actualidad *combiano*—, si se permite el epíteto,—ahí tenemos á Rosales, á quien la ciencia arqueológica no ha robado el genio, digan lo que quieran los nuevos académicos, por la misma razón de que tampoco le da al que carece de él, lo cual hace del *genio* y de *la ciencia*, no dos cosas antagónicas, sino complementarias, dado que exista el primero, pues si no, sucederá que del plato de pollo sólo se nos podrá servir el plato.

Pero vamos á cenar. Los que han contribuido en el siglo XVIII y en el siglo XIX á la formación del repertorio dramático, ¿han sido hombres formados en *Estudios y Universidades*? Por lo general, nada de eso ha ocurrido; de modo que si de cuando en cuando ha habido pollo, hemos carecido completamente ó casi completamente de plato. Pero al menos hemos saboreado el ave con verdadera fruición, sin reparar á veces en que se nos servía á la usanza de los tiempos homéricos, la cual hasta pudo darle tal pátina de antigüedad, que ya fuera excesiva para un asunto de la Edad Media.

Mas aunque ninguno de ellos fuera *ingenio lego*, como llamaron en su tiempo al gran Cervantes, ¿puede exigirse tanto á los *borlados* ingenios? ¿Se ha escrito la historia de España? Política sí, y ya no sería perdonable descasar á los reyes y príncipes casados, sin intervención de Roma, ni dar á unos más larga vida de la que los hebreos dieran á Matusalén, ni desconocer la parte que tuvieron en los acontecimientos de su época y presentarlos en escena de tal manera que un alumno de segunda enseñanza se escandalice y le diga á su padre: ¡Papá, el autor de esta obra es un.... *esposo de Lucrecia*, pero *no latino*, pues ni siquiera ha saludado la *Historia de España* de Terradillos!—¡Pues mire usted, ahora recuerdo que se dan casos!—Bueno, no lo dirá usted, es decir, supongo que usted lo dice, porque yo no quiero ponerme á mal con nadie.—Lo que digo sencillamente es que eso que hacían en el siglo XVIII y después escritores de primera fila é instruidos, no puede hacerse ahora sin exponerse al juicio severo de un imberbe Aristarco del Instituto de San Isidro.

¿Pero es este todo el plato? No señor, apenas es la posición correcta del pollo y el atusado de las plumas, si se le sirve en la forma que lo hicieran al italiano del *tarde piache*. Mas ¿quién ha escrito la historia social, la del pueblo español, la de sus artes é industrias, la de sus cantos, usos y costumbres, fiestas, recreos y diversiones locales? Apenas se puede uno formar idea clara de las jerarquías sociales y de sus relaciones mutuas; de las ideas y sentimientos dominantes en cada época de nuestra historia, y mucho menos de otros detalles menudos. Y estas deficiencias, unidas á las de los mismos autores, cuando los medios disponibles con gran dificultad, aplicación y paciencia, apenas puede llegar á descubrirlos el escritor ilustrado que entiende de libros, sabe buscarlos, consultarlos y aprovecharlos, dado que pueda haberlos á mano, ha engendrado otro nuevo *anacronismo*. Si en el siglo XVII se empleaba conscientemente *lo viejo* para vestir *lo*

nuevo, después se ha empleado y se sigue empleando lo nuevo para vestir lo viejo.

Los escritores del siglo XVII usaban lo antiguo como ropaje poético de lo moderno, cuando escribían para celebrar acontecimientos en que intervenían monarcas y personajes ilustres contemporáneos suyos; mas cuando tomaban el asunto en sí, como dramatizable, con mayor razón que hoy le trataban como sucedido á su vista, dando á los personajes los sentimientos y las ideas corrientes en su época, sin consultar mucho la historia, ni guardarla siquiera una fidelidad relativa, pues apenas estudiaban retrospectivamente el carácter del personaje; y en cuanto á instituciones, costumbres y accesorios, quedaba completamente modernizado todo y sólo se ocupaban del efecto que el asunto como hecho y situación dramática pudiera producir, sistema á que pudiera llamarse *impresionismo*.

Este es, salvo algún que otro caso, el sistema perpetuado hasta hoy, y en este sentido todos los autores dramáticos de la escuela pseudo-clásica, los románticos y los eclécticos de última hora, son fundamentalmente *impresionistas* puros, salvo una diferencia de grado determinada cualitativa y cuantitativamente por el de instrucción, aplicación y paciencia de cada uno.

No ha faltado quien pregunte si habiéndose tocado ya casi todos los asuntos dramáticos que ofrece la historia, no será ya imposible crear nada nuevo. Error grave es seguramente éste, como que envuelve una negación del progreso; y como esta negación es falsa, aquel temor es verdaderamente pueril y absurdo. La historia—se dice—es siempre la misma. La historia lo será, pero su conocimiento cada vez es más perfecto; cada día aparece un nuevo documento, un nuevo monumento, y al hablar éstos, ó, mejor dicho, al ser interpretados, la historia, que en sí misma era lo que era, pasa á ser otra cosa, al ser mejor entendida, que es lo que nos importa. Dicho esto, se comprende que aun el mismo *impresionista* que se encuentra con que un asunto tratado ya ofrece una nueva faceta, saca del cambio de punto de vista una *impresión* nueva. Y si añade á esto un poco de erudición, diligencia y estudio, claro está que puede hacer una obra diferente, y mucho más si, profundizando en el asunto, descubre que está tratado de un modo incompleto ó exclusivo; sin contar con que, como cada ingenio es un observador colocado, por su manera de ser especial, en distinto punto al mirar á la montaña, ésta ofrece á cada uno un aspecto distinto, aun siendo la misma, y, como se ve, cuando se propone un asunto á varios escritores en un certamen, esto da por resultado el que cada cual haga una obra suya, distinta de todas las de los demás que trabajan sobre el mismo tema.

Aun las obras de asunto contemporáneo del autor, en que la fuente de conocimiento es exclusivamente personal y suya, pueden inspirar otras completamente distintas hasta en su significación y alcance moral, al pasar por el prisma de otra subjetividad que hace evolucionar en su mente la materia ó asunto que inspiró la primera.

Conviene recordar aquí el poco aprecio y respeto que merecen ciertas sentencias radicales, dadas, con gran estruendo por cierto, en cuestiones de arte, en pleitos tales como el de la *belleza* y la *bondad*, el aspecto *estético* y el *moral* de una obra. El hecho es hecho, sobre todo en la obra dramática. Poco importa que un autor diga que se atiene sólo á que la obra sea interesante y agrade, y que nada le importa lo que moralmente de ella resulte, si luego se le ataca por perturbador del orden social, ó por *verde* no más la ve rechazada. El hecho es, pues, que el público reconoce el aspecto *docente* de la obra literaria, y sobre todo de la dramática, y no sólo censura lo indecoroso—salvo cuando la fuerza cómica lo neutraliza y lo suaviza una dicción ingeniosa y culta—, sino que repara también en los errores históricos, científicos, etc., que desvían al oyente indocto de sus ideas acerca del asunto, enseñándole otras tanto ó más inexactas que las suyas.

Si el público aprende algo en el teatro, la moral es que lo que el autor enseñe sea verdad; y en historia y arqueología, como lo más visible, cuando el asunto es histórico, si el autor tiene genio gustará por tenerle, pero gustará más, aunque sólo sea un escritor de ta-

lento, si sabe ó estudia lo bastante para ofrecer á la vista de sus espectadores el cuadro más verdadero posible, con todo su carácter de época, tanto en las ideas y opiniones como en las relaciones históricas, así de carácter como de jerarquía, instituciones, artes, industrias, usos y costumbres, y no hacer lo que algunos, que aun basándose en obras mejor informadas, tienen la *buenaventura* de crear, por ejemplo, la industria de las floristas en el siglo XVII. Ahora están á tiempo de ver en la Exposición nacional de Retratos que no usaban las damas de esa época semejante adorno, y, por tanto, no había tal objeto de lucro.

De lo dicho resulta que el *anacronismo* continúa, á despecho del progreso natural de las ciencias históricas, no contribuyendo poco á ello la manía de escribir á destajo y siempre de *impresión*, pues el método *reflexivo* sería hartamente lento, que más tiempo lleva el acumular notas y datos para evitar tal defecto, que el urdir la trama de un asunto y dar forma á la obra.

Pero ¿ocurre esto en España solamente? Nada de eso; en todas partes cuecen habas. En Alemania, apenas Schiller y Goethe son los que trabajan y estudian sus asuntos; en Inglaterra el mismo Walter Scott, ha tiempo proclamado, y con harta exageración, más veraz en sus novelas que la historia misma, ofrece á cada paso huellas del triste pecado, y en Francia el libreto de la reciente ópera *El Ciel*, de Masenet, ofrece la más galana muestra de desfachatado *impresionismo*, tanto en el asunto, en el que se mezclan personajes que existieron en siglos diversos, cuanto en las decoraciones, reproducidas por las publicaciones ilustradas: ambas cosas prueban la más escandalosa ignorancia de nuestra historia política y monumental.

Más vale así—dirán nuestros literatos.—¡Triste consuelo que no podrá consolarme de que hormiguee dicha grave falta en nuestras más bellas obras; de que mande Sancho IV *el Bravo* á Bustos Tavera ir en el siglo XIII *al estribo de su coche*, sin que la refundición á la francesa del ingenioso Trigueros haya podido encajarla en su verdadera época, cosa, á fe, bien digna de lamentarse! Hágase propósito de enmienda, dejen de ser los modernos dramaturgos *impresionistas* impenitentes.

LORENZO GONZÁLEZ AGEJAR.

## A ORILLAS DEL MAR

Pláceme, oh mar, cuanto en tu centro frío  
tu tendida grandeza se derrama,  
la majestad de tu Hacedor proclama,  
y refleja su excelso poderío;

cuando en tu dorso el rápido navío  
pasea su magnífica oriflama,  
cuando al hombre, sediento de oro y fama,  
tumba le ofrece tu cristal impío;

cuando tu trueno fragoroso abrumba  
la voz de nuestros tímidos hogares,  
montes alzando de irritada espuma

y de la luna esperas la salida,  
como espera impaciente en los altares  
el amante á la hermosa prometida.

ANGEL SANCHEZ PESQUERA.

## DAR RUMAIA

### LEYENDA GRANADINA

#### I

Escuchad al Rawí, el cantor de los gloriosos triunfos de Abderramán, el ilustre caudillo zcirita, que mandando los leones argelinos, aquellos zenetes cuyo estandarte rojo parece que aún ondea en la puerta de Bib-Monaita, conquistaron á *Elvira*, y construyendo la Alcazaba Cadima, lograron que los habitantes de la

primitiva ciudad se acogieran al amparo de los poderosos muros del castillo de Izná Román.

He de referiros la historia de Ben-Alí, y de la doncella Fátima, de ojos azules y cabellos rubios, retrato de las hurfes del Paraíso de Mahoma.

Las disensiones de las tribus árabes, no contentas con el reparto que se las hiciera de las tierras conquistadas, y deseosas de emanciparse del dominio de los Califas de Damasco, formaron una terrible conspiración, designando como jefe al joven Al-Mancab, que desembarcó en las playas de Almuñécar, poniéndose valerosamente al frente de los guerreros de la Alpujarra y enarbolando el blanco estandarte de los omniadas.

¡Cuánta sangre musulmana se derramó en los campos de batalla hasta que vencido Yusuf el rebelde se retiró á Murcia, recobrando la tranquilidad el país de Elvira y recibiendo las ganadas recompensas los capitanes que á su lado combatieron!

Por ello, Ben-Alí, para gozar de los amores de su ídolo, edificó, protegido por el nuevo recinto de lo que se llamó después la rival de la perla de Occidente, una residencia adornada con todo el gusto y riqueza del país de que procedían.

Sobre todo llamaba la atención un frondoso jardín en el interior del edificio, al que se bajaba desde los camarines por una escalera de mármol, en cuyos descansos se ostentaban trofeos de guerra conquistados al enemigo.

Copudos árboles resguardaban la glorieta, y un banco rústico que cubría un cojín de seda de Persia con flecos de oro servía de cómodo descanso á la amante pareja.

Reinaba completa felicidad.

Expulsados los revoltosos de las Torres Bermejas y de los barrios de los judíos, y acogidos á la Alcazaba todos los poderosos, el nuevo Albaicín con sus cármenes y huertos aumentaba en población y en hermosura.

Al anochecer de una tarde de Mayo, sentados en la glorieta, Ben-Alí y la divina Fátima conversaban tiernamente de las esperanzas de su nueva vida, jurándola el guerrero no separarse jamás de su lado.

—Estás triste, ídolo mío—la dijo aquel;—pareces preocupada, y he creído descubrir en tus ojos una furtiva lágrima, convertida en perla al rodar por tu mejilla.

—Pues bien, esposo adorado, no debo callar por más tiempo. Hace algunas semanas que á veces encuentro en mi camarín un ramillete formado de cicuta y abrojos, que simboliza «encono y muerte». Ninguna de mis esclavas saben cómo allí penetran, y al arrojarlos por el ajimez, desaparece, sin que se descubra, la mano que los oculta.

—Tranquilízate, bien mío, sabes que eres la única dueña de mi corazón, y que ya no existen enemigos en el campo ni dentro de la ciudad.

Tal vez alguna servidora, envidiosa de la dicha de que gozamos, quiera empañar con una nubecilla el rayo de sol de nuestra ventura eternal.

No había concluido de pronunciar el guerrero estas palabras, cuando un feroz soldado, que se reputaba como uno de los más hábiles jinetes del desierto, y que gozaba de favor de Ben-Alí, por su abnegación y valentía durante los combates, saliendo de detrás de un tronco corpulento, le hincó un agudo puñal en el pecho exclamando:

—*Delam* <sup>1</sup> se venga. Fátima despreció el amor inmenso del león africano, y prefirió á ser reina del oasis el harem de un caudillo argelino; que muera á su lado y yo viviré con mi odio hasta que Allah se compadecza de mis sufrimientos.

Y mientras agonizaba el guerrero, que no pudo articular una frase, clavó también el arma homicida en el blanco cuello de la preciosa musulmana.

Cuando la servidumbre, intranquila por la tardanza en volver á sus habitaciones sus señores, acudió al jardín á buscarlos, quedó horrorizada del espectáculo que se les ofrecía.

Un inmenso charco de sangre inundaba el suelo; y por más que después lo enjugaban, se reproducía con la misma abundancia.

Los walíes y capitanes que allí acudieron al noti-

t *Sombra*.

ciarles el trágico suceso, celebraron suntuosos funerales á los infortunados amantes, enterrándolos juntos en una tumba de mármol que se construyó después en la glorieta.

Pasó el magnífico palacio á poder de un jefe de la guardia de Mahomed II; pero con extrañeza de sus esclavos, la sangre vertida en el sitio donde se cometió el crimen no se borraba por más esfuerzos que hacían. Es más, al ocultarse la luna se escuchaban quejidos y dos sombras cruzaban el espacio, desvaneciéndose á los primeros tintes de la aurora.

Pero lo que maravilló á todos los habitantes de la Alcazaba fué que á los doce meses justos en que se cometió el crimen brotaron de repente dos frondosos granados, como dando custodia al sepulcro, de fruto más rojo que los de su clase, y con un vigor y lozanía imponderables.

La sangre del suelo no volvió á aparecer en la superficie, y el pueblo supuso que era la que prestaba lozanía á los árboles, que con su color acentuado daban memoria indeleble del fatal suceso allí ocurrido.

Y desde entonces hasta el presente lo llamaron *Dar Rumaia*, casa de los granados, y la tradición conserva este nombre, y las plantas se reproducen, sin que el transcurso de los años haya terminado su existencia.

## II

La población de Elvira, convertida después en la rica, maravillosa y sin rival Granada, pasó del poder de la media luna, á realizar la unidad española, cobijada por la bandera de la Cruz.

Y en el sitio que ocupara el pabellón morisco, el rico genovés Rolando de Levante, al construir el Palacio del *Mirador*<sup>1</sup> de su nombre, fundó al mismo tiempo, por los años de 1636, un convento de franciscanos descalzos, bajo la advocación de San Antonio y en el camino abierto denominado de Guadix.

Las crónicas no cuentan si los reverendos padres escucharon los ayes, y notaron lo que ocurría en siglos anteriores, pero en la huerta cultivaban con esmero los granados, siempre fructíferos y lozanos.

Sólo se afirma que un lego llamado *Fray Damián*, tenía puestos sus cinco sentidos en los frutales, y que una vez presentó al Prior una enorme granada de pepitas como garbanzos, y que dejada en la fuente rezumaba su líquido tan encarnado, que los novicios más golosos aseguraban tenía sabor de sangre, aunque de un paladar agradabilísimo.

Las vicisitudes políticas y las leyes desamortizadas convirtieron la árabe estancia y el convento religioso en casa de labor y de vecinos, y después parte de ella en morada particular.

Pero siempre, y como dando colorido y sosteniendo su nombre, los frutales enhiestos y vigorosos.

Yo escribí esta leyenda, y una mañana del mes de Mayo quise leerla al escogido concurso que en el edificio se reuniera.

Su actual propietario, mi buen amigo Luis Seco de Lucena, al restaurarlo, con singular acierto, daba agradable y espléndido almuerzo en el que fué refectorio de la hospedería del convento y hoy es hermoso salón, desde cuyos balcones se descubre el indescriptible panorama de la Vega, á varios de sus íntimos, colaboradores unos en la gloriosa campaña realizada por *El Defensor* para coronar á Zorrilla, compañeros otros de la Universidad ó de la Prensa, entre los que recuerdo á su hermano Paco, á sus fraternales amigos Juan Villanova, Luis Sansón y Antonio López Muñoz, á los brillantes periodistas Fernando Soldevilla y Tomás Romero, el Alcalde de Granada Juan Ramón de La Chica, al corresponsal del *Heraldo* José Figueroa, á Carlos Rivero, redactor de *La Unión Mercantil* de Málaga, y á Enrique Vidad y Jerónimo Blanco, fieles é inseparables adeptos del que hoy, con sobrada justicia, ocupa el alto sitio de la vicepresidencia del Congreso y es quizá la palabra más elocuente que resuena en la Tribuna parlamentaria española.

Alentado por las libaciones del legítimo Champagne, iba á pedir la venia para comenzar mi relato, cuando

en la puerta que comunica con el jardín creí notar, no las bellas figuras de los infortunados amantes, sino la de un barbudo fraile limosnero, con el dedo en la boca imponiéndome silencio.

No saqué los papeles del bolsillo, y al desaparecer la sombra apareció en el dintel, un letrero que decía

«Después de comer,  
ni un sobre leer.»

Los comensales nada advirtieron.

Obedecí los preceptos del refrán, y me mantuve callado.

Mas como no quiero quedarme con los tacos en el cuerpo, participé á mis bondadosos lectores el por qué tienen un sabor tan extraño las granadas de la casa de *Dar Rumaia*.

ANTONIO J. AFAN DE RIBERA.

Granada.

## CUATRO AVELLANAS

(APÓLOGO)

### I

Las heroínas de esta historia nacieron de un mismo parto y procedían de la mismísima Rama geneológica, vamos al decir, del Avellano incapaz y muy «echao pa alante», que vegetaba en retirado valle.

Sin ver más mundo que el reducido paisaje, que podían descubrir encaramadas en los flexibles y largos brazos de su padre, el cual las columpiaba en alto hecho un babieca, para que admirasen la hermosura de ellas los *Alcornoces* sus vecinos, las cuatro AVELLANAS se mostraron desde pequeñitas, si osadas para balancearse y jugar en familia, cortas de genio, al parecer, y ariscas y dengosas ante los seres extraños. Pero es lo cierto que si el Avellano, por su manía de no querer dar nunca un solo paso más allá del húmedo rincón en que le «plantó» la suerte, impidió á las chicas hacer viajes á otros puntos é instruirse en algo conveniente y bueno, ellas, en cambio, adquirieron la costumbre de estar, aunque metidas en su casa, de continuo asomadas por entre las «hojas» de los ventanillos, atisbando lo que pasaba por fuera.

Este afán de curiosidad, tan necio como engendrador de ilícitas ambiciones, daba á las cuatro AVELLANAS ocasión para fingirse ante los desconocidos perfectamente asustadizas, á juzgar por la inquietud con que se volvían hacia sus vecinas y parientes próximas como pidiendo consejo; aunque tengo para mí que las más veces sería para comunicar alguna maliciosa observación acerca del forastero. Para creer esto me fundo en que sus fingidas retiradas eran hechas siempre con tal arte, que en las crónicas no se cita el caso de que ocultaran nunca de la vista del curioso las incitadoras «caras».

Tal costumbre, propia especialmente de AVELLANAS lugareñas, hizo de nuestras cuatro consabidas unas chismosas de marca mayor; al mismo tiempo que el afán de ver las hizo desear más cada día ser vistas: de lo que vino á resultar, andando el tiempo, que todo el santo día y aun la santa noche, cuando ya fueron grandueñas, estaban mira que mira al camino, sonriendo y haciendo mimosos gestos á los golosos muchachos que se embesaban contemplándolas.

Y es de advertir que su al principio encogido genial desapareció rápidamente: de modo que allá con sus iguales se zarandeaban alegres y de lo lindo, bailando no sé qué danza usada entre ellas, al son y compás de la discordia música de toda casta de «ciegos.....» vientos que por allí pasar solían, roncós unos y chillones otros, pero amigos toditos de promover contoneos y piruetas.

Aquellas danzas, aquellas grescas y aquel mirar y remirar de las chicas, maldito si agradaban ni pizca á su papá el Avellano; pues más de una vez, y más de cuatro, se le oyó «gemir» lánguidamente, y se le vió mover apesadumbrado la cabeza, como previendo los disgustos que á él, y á ellas mismas, había de ocasionar en días no lejanos la conducta de sus hijas. Pero

el padrazo, para evitar aquel continuo jolgorio y aquel proceder *non sancto*, no trataba de poner remedio con algún espontáneo y enérgico «arranque», de los que hacen época en la vida; gimoteaba, renegaba, pero no las «sacudía». Creo yo que, por no moverse de su sitio; era capaz de consentir quedar sin hijas, aunque el mal «humor», nacido de su «estrecha situación» de ánimo, le «pudriese» poco á poco hasta la «médula» de los huesos.

—«¡No van á parar en bien!»—cuéntase que «murmuraba» alguna vez la, como enfermiza, débil Rama—. ¡No van á parar en bien estas cuatro bailadoras de todos mis pecados y, sobre bailadoras, ventaneras! ¿Por qué serán así, Dios mío? ¿No sabrán que el cantar dice, si mal no recuerdo:

«Quitate de la ventana,  
no me seas ventanera;  
pues mozas que mucho miran....  
de ciento sale una buena?»

¡Si no fuera mirando!....—«crujía» el Avellano, irguiéndose—, si no fuera porque no me gusta armar camorra y porque tengo horror á que se diga con verdad que andamos en «peloterías», aseguro que las cuatro hijas que Dios te ha dado habían de saber á cuánto llega la «dureza» genial de este su padre. Pero no me irriten más, si no quieren que las «casque» una tunda. Bien pueden dar gracias á qué ahora no tengo maldita gana de levantarme «de raíz», porque estoy cansado, y llegarme ahí cerca por una estaca, de las que tiene buena provisión mi vecino *Acebo*; pero como no mejoran de costumbres las mozas, el día menos pensado las arrimo una «sacudida» soberana y....

—Calla, calla: nunca harás tú ninguna cosa, que valga la pena de contarse—decía en quejumbroso tono la delgada Rama.—Si yo no estuviera débil, ya entrarían las chicas en «vereda»; pero tú, que podrías darlas buenos golpes, todo lo echas en inútiles fanfarrias y en ruido, creyendo que «haces aquí mucha sombra.» ¡Sí; frescos estamos! La verdad es que en ti es «hojarasca»:

Facha de algo: pero ¡quién  
si hablamos de fortaleza,  
la tendrás en la «corteza»:  
que en el «corazón» no hay ná.

—Lo que haces tú—replicaba colérico el Avellano—, lo que haces tú es insultarme con esos medio cánticos, medio lamentos, que tienes por costumbre repetir. Pues mira: como me enfade de veras, te voy á dar un par de «cimbreaduras», y á tus hijas contigo, de cuyas resultas vais á caer «desgajadas» en mitad del río, que os lleve con todos los diablos al mar, ó al infierno, con tal que no vuelva yo á veros *in saecula saeculorum*, amen: Dios me perdone. ¿Oís muchachas? Pues ¡cuidado, cuidadito conmigo!

Y al decir esto el Avellano, se «movía», se movía con airado empuje, para un lado y para el otro, haciendo mucho ruido, y nada más: porque la ingénita «blandura de su corazón» le imposibilitaba para dar muestras más grandes de enérgicas resoluciones.

## II

Unidas en compacto grupo, aunque oían los suspiros tristes de la Rama su madre y los reniegos é imprecaciones del papá, las cuatro AVELLANAS, muy lejos de corregirse, cada día eran más audaces, más díscolas y más «duras» de mollera.

Habían crecido: estaban hechas ya unas reales mozas; pero, vamos, tan picadas de vanidad, que «chocaban» con sus más allegadas por cualquier leve motivo que se presentara para ello. Y ya no fingían miedo á nada, ni á nadie; antes bien, «ahuecándose» las presumidas, dejaban conocer muy á las claras su afición á oír de boca de los transeúntes estas ó muy parecidas laudatorias frases: «¡Qué gorditas, qué hermosas y qué buenas son esas cuatro AVELLANAS! ¡Cóncholes! ¡precañes!....»

Ya, por lo que antes dije, se comprende que lo de hermosas y gorditas no era elogio exagerado, pero lo de buenas era una mentira de á folio, nacida de la pasión amorosa que por ellas sentían los que tal requie-

<sup>1</sup> El vulgo le llama Mirador de Orlando.

bro pronunciaban; y aunque las cuatro AVELLANAS sabían bien cuán inmerecido tenían aquel epíteto, lo cierto es que gustaban mucho de oírle, siendo tanta su satisfacción que, oyendo los piropos, hasta engordaban de puro orgullo y se mostraban risueñas y cada vez más «de lleno» ante sus admiradores.... ¡Vanidad femenil, causa de males sin número en el pobre mundo!

La Rama, con instinto de madre, veía que el peligro estaba de hora en hora más próximo; y no pudiendo hacer otra cosa, languideció y fué quedando macilenta y triste, lo cual se conocía bien en su color de «hoja seca». Sus lamentos, aunque en débil tono, eran cada vez más conmovedores:

—¡Válgame el cielo!— decía....—¡Pero no les dará pena á estas pícaras ver que, según ellas «crecen» e maldad, mi vida va disminuyendo! ¡No les dará lástima ver cómo me voy «secando», en tanto que ellas se robustecen de tal modo, que ya no puede pedirse más! ¡Qué trances de la vida éstos! Yo, como buena madre, las amo; pero ellas aman á no sé quién: ó no aman á nadie, porque

Amor de padres á hijos  
es amor que nunca muere;  
y el amor de hijos á padres  
¡ay! relámpago muy breve.

Oía todo esto el Avellano; y siguiendo su costumbre, á la vez que movía la cabeza, procuraba, golpeándose á sí mismo, dar muestras de ruidosa cólera. Pero de tales alharacas se refan siempre las cuatro AVELLANAS, las cuales, desarrolladas por completo, juzgaban tener fuerza y valor bastantes para resistir, llegado el caso, cualquiera «presión» con que se intentara poner coto á sus desmanes.

Siguieron, pues, haciendo de las suyas, sonriendo, ¡ncitando y casi como diciendo á todo el mundo su deseo de emanciparse de la tutela paterna: de tal suerte, que un mozo guapote, y que tenía bien merecida fama de «cultivador....» del *Ars amandi*, se atrevió un día á llegar bonitamente al valle y en la hora que le pareció más adecuada á su intento cometer un rapto cuatro veces criminal y odioso, cuatro veces impío y abominable: el rapto de las cuatro AVELLANAS juntas.

Y aquel hombre pésimo, aquel monstruo, creyendo incómodo—y en verdad lo era mucho—encaramarse hasta el departamento que ocupaban las pícaras, ¿qué hizo? llevó como auxiliar inconsciente un ya crecido y rudo y fortachón «vástago» de los en el país muy nombrada familia de los *Robles*, y con ayuda de este amigo sorprendió al Avellano y á la Rama y les propinó tan bárbara paliza, que les dejó sin alientos para gritar y pedir socorro al vecindario; y hasta las AVELLANAS mismas, temerosas de que á ellas también les «cascase» una tunda el «silvestre» galán, arrojáronse desde lo alto de su habitación al suelo, donde seguramente habrían quedado «partidas» en pedazos, á no haberlas deparado la suerte una providencial mullida, que allí se habían empeñado en poner días atrás ciertos «frescachones» y rumbosos *Prados*, cuyo linaje, desde antiguos tiempos, era de nombradía y bien quisto en la comarca toda.

Pero las cuatro «casquivanas», que así abandonaron á su padres, no tardaron en sufrir las deplorables consecuencias de tan mala conducta, de lo cual hay pruebas en lo que resta de esta verídica historia.

Cuando, harto de apalearse, comprendió el «montaraz» galanteador que ya no tenía que temer nada de los padres de las mozas, fué con serenidad cruel á buscar las AVELLANAS, sorprendiéndose agradablemente al encontrarlas «sanas» y salvas, acurrucaditas, por efecto del miedecillo, entre la hierba. Alargó entonces su mano él, para levantarlas, á lo cual no hicieron resistencia: despidió en seguida, brusca y desdeñosamente, al forzudo cuanto falto de inteligencia vástago de *Robles*, por ser ya inútil é incómoda su compañía en lo que por hacer quedaba; y se alejó de prisa con las AVELLANAS, las cuales, tan sosegadas de ánimo iban, que ni se acordaron, ni pensaron en acordarse, de decir «adiós» á su papá ni á la madre que las parió.

¡Qué ingratitud! Así, con inicua indiferencia, correspondían las malnacidas á los mimos con que sus progenitores las trataron desde que eran pequeñitas, y á

la abnegación con que, llenos de alegría ellos, se privaron cotidianamente de muchos «jugos» alimenticios, para dárselos á las pícaras, con el buen fin de que gozaran ellas de constante salud, y engordaran, y crecieran. ¡Oh fementidas AVELLANAS! ¡Qué tremenda filípica os endosaría yo ahora por vuestro mal proceder, si fuerais capaces de oír vosotras, y yo capaz de decir en frase enérgica, que el desamor de los hijos á los padres tiene castigos terribles en el Tribunal de Dios, y aun en este manicomio llamado Tierra, donde tienen el honor de ser loqueros y propinarnos deliciosos, aunque injustos, latigazos la fuchsina, la dinamita, los gobernantes y los necios! Pero tenéis «duros los cascós» para que os pueda yo «hincar el diente», como se suele decir, con peroratas y apóstrofes: por lo cual, dejando á un lado las filosofías, prosigamos la modestísima labor de relatar historia

### III

Sonriendo iba el raptor y acariciando á las lindas AVELLANAS, metiditas «en un puño» como quien dice, al pasar por sitios peligrosos; pero saltando y «chocando» alegremente unas con otras, cuando no había por qué temer. ¡Qué de placeres y venturas no soñaban al ver que aquel hombre les mostraba cariño hasta el punto de llevarlas «en palmitas» si vale expresarlo así! ¡Qué porvenir tan lleno de alegrías esperaban ellas!

Pero ¡ay! el hastío se apodera pronto del corazón humano, y el del raptor no estaba exceptuado de la regla general. Así fué que al detener el viaje en cierto pueblo, aquel «rústico» amante, procediendo con la más fría de todas las frialdades, vendió á otro prójimo por una futesa las cuatro «asombradas» AVELLANAS, y desapareció, dándolas, para mayor burla y por despedida significativa, un puntapie que las hizo «rodar», buen trecho por el suelo de la habitación. Y, á la verdad, esto fué «llegar la medida al colmo...» del desprecio.

Aún no paró en esto la malaventura de las chicas. Su nuevo dueño, que entendía poco de mimos, las trató desde luego con modales tan tiránicos y tan sin contemplaciones, que ¡oh dolor! no había pasado mucho tiempo, cuando ya las desdichadas AVELLANAS tenían inequívocas señales de estar «tostadas» de ira sus entrañas por los disgustos y la perra suerte de que estaban siendo víctimas. Entonces el amo, viendo que habían perdido por completo la «frescura» primitiva y los demás encantos propios de la poca edad, vituperó fuertemente la conducta de ellas, sin quererse convencer de que él era, por su mal genio, el principal causante de aquel cambio lastimero: se encolerizó, las ofreció á otros amigos tan brutos como él; y despreciándolas todas, fingió apiadarse y se encargó de ellas una vieja hipócrita, tan de mala sangre, que en seguida, santiguándose la «indina» para más escarnio, puso á las AVELLANAS sobre un asno patizambo, que á cada paso tropezaba, y de esa manera ridícula y molestísima hizo viajar á las muchachas algunas leguas, apeándolas de golpe y porrazo por la tarde «en la plaza» de una villa, en que había feria ó cosa tal.

Verse en poder de aquella vieja que tan inicua mente las trataba, era para las chicas la más irritante de todas las esclavitudes; pero aunque se daban al diablo ideando trazas para huir de la dueña, las ya un tanto «arrugadas» AVELLANAS encontraban siempre obstáculos insuperables casi á su deseo; que la gente pasaba sin hacer de ellas ningún caso, sin mirarlas, ó mirándolas con desprecio: ¡no inspiraban cariño á nadie!

Nada valían los reclamos de la vieja, que deseando lucrar mucho, guiñaba á los transeúntes picarescamente para que mirasen y admirasen la que para algunos pudiera suponerse apetitosa mercancía, cuyas excelencias ponderaba la taimada mujer con hiperbólicas frases de este ó parecido modo:

Estas son la flor y nata....  
¡Avellanas güenas!.... ¡Ved!....  
¡Condenaos!.... ¡las doy á cata!....  
¡Chist!... ¡las quiere usted?... ¡tío usted!

Nada valía todo esto, ni valía tampoco nada que la

vieja se atreviese de vez en cuando á tirar de la chaqueta á los mozueros, diciéndoles en voz baja quizás algo entre insolente y chistoso; nada valía: los muchachos contestaban acaso con alguna desvergüenza y se alejaban, en tanto que las cuatro AVELLANAS se consumían.... de rabia, oyendo los insultos y siendo objeto del desprecio de cuantas personas las veían.

Por cuánto acertó á pasar un chico desgrefiado y harapiento, cuyos ojos relucían con la inquietud del deseo y aun del hambre; y aprovechando un descuido de la vieja, cogió las cuatro AVELLANAS y con ellas corrió á un sitio retirado en las afueras del pueblo, sin que opusieran las chicas resistencia, más bien animándole á correr, para librarse por siempre de la vieja, que, en efecto, no pudo saber adónde diablos habían ido á parar, ni en compañía de quién.

Aquel pilluelo, cuando se vió seguro en el escondrijo que eligiera, miró á las AVELLANAS durante algunos instantes por completo embobado: porque para el hambre no hay pan negro, y siempre hay un roto para un descosido, además de que sobre gustos no hay disputa, y, en todo caso, á mal dar, tomar tabaco, dicen algunos, los cuales con su pan se lo coman.

Sonreíase, pues, el muchacho mirando á las cuatro alhajas; y al notarlas ellas y preguntarle si el haberles librado de la vieja era encargo de persona de más pró y de más pré, que tuviera propósito de hacer cómoda, lujosa y regalada la vida de las cuatro, como ellas juzgaban merecer, el mozalbete quedó atónito y como quien «ve visiones». Pero vuelto en sí muy pronto, exclamó:

—¡Ah deliciosas! ¡para mí deliciosas AVELLANAS! ¿qué otro, ni qué niño muerto me ha de haber dado el encargo de raptaros? Mi voluntad libre y nada más ha sido el único motivo de que yo alargue hacia vosotras la mano salvadora; sí, la mano que os ha salvado de vuestra tirana bruja; sí. ¿Pues no lo conocéis en mis miradas? ¿No lo conocéis en la alegría con que os estoy contemplando? ¡AVELLANAS mías! que mías sois por derecho de conquista: os quiero tanto, que ahora, ahora mismo, sin más tardar, os voy á «comer», como quien dice, á fuerza de caricias.

Y dicho y hecho: el pillete, con suaves y mimosos golpecitos, como para que no temiesen malos tratos, las «cascó» risueño y las condujo en seguida al aposento.... gástrico que él tenía allí á la vera y falto de todo adorno, de toda comodidad y toda luz.

El enojo de las AVELLANAS se mostró entonces sin rodeos, y en parte con motivos justos. Golpeadas, aunque con suavidad, pero golpeadas por el tunante mozo, y encerradas luego en el nada cómodo aposento mencionado, natural fué la cólera de ellas, y disculpable hasta cierto punto la rabia con que empezaron á violentar la salida, retorciendo con gran fuerza los pestillos de la puerta y arañando las paredes, y armando tanto alboroto, que el mozuero, no sabiendo medio mejor de apaciguarlas, cogió un jarro de agua que halló á mano, y arrojó de golpe el líquido sobre las cuatro sublevadas.

«¡Esto más!» clamaron ellas en el colmo de su ira; y haciendo un esfuerzo colosal, feroz, arrancaron la cerradura, por lo cual la puerta por donde habían entrado, que era la boca...., del chiribitil, quedó abierta de par en par, saliendo las cuatro furias en tropel. Pero al salir tan sin concierto y con tan violento ímpetu, su mala suerte las hizo resbalar y cayeron á una sima, donde para siempre desaparecieron. ¡Triste fin que suelen tener los azarosos días de las mujeres que en conducta se asemejan á las cuatro desventuradas AVELLANAS!

ILDEFONSO LLORENTE FERNÁNDEZ.

## AVISO

Durante el verano se servirá á nuestros suscriptores el periódico al punto que nos indiquen, teniendo la bondad de avisarlo en esta Administración, calle de Recoletos, 10.